

El Via Crucis

Por el R. P. Van TRICHT, S. J.



SEXTA ESTACIÓN

EL ENCUENTRO CON LA VERÓNICA

EL EJEMPLO de María Santísima siguiendo a su Hijo llena de compasión y de fortaleza infundió ardimiento en otros corazones tímidos. Pronto se le reunieron otras mujeres que se compadecían también y lloraban como Ella..

Jesús entonces tenía un aspecto desgarrador. Encorvado bajo el peso de la cruz, cada vez más jadeante y más palido, avanzaba penosamente y vacilando, mientras que gruesas gotas de sudor corrían y se mezclaban con su sangre, velando sus ojos y su hermosísimo rostro.

Los judíos le insultaban, los soldados le aguijoneaban con los cuernos de sus lanzas, como si fuera una oveja á quien empujaran hacia el matadero, y Jesús no oponía resistencia a nada, ni exhalaba una queja.

Ante tantos dolores, a vista de tantos ultrajes y en presencia de aquella santa faz ensangrentada, una mujer sintió que se le desbordaba de pena el corazón; abrióse paso a través de la fila de solda-

dos, cayó de rodillas delante de Jesús y le ofreció un limpio lienzo, en el cual Jesucristo enjugó su rostro. Cuenta la tradición que al devolvérselo dejó en aquella tela dibujados los rasgos ensangrentados de su santa faz, su misma imagen. Por ignorarse el nombre de esta piadosa mujer se la empezó a llamar la Verónica, es decir, la verdadera imagen el verdadero retrato.

Esta había sido la segunda señal de afecto que recibía Jesús, y la aceptó agradecido; la primera se la había dado su Santísima Madre, cómo si se nos quisiera indicar con esto cuáles son los dos primeros manantiales de consuelo en los que podemos refrigerar nuestras almas: la familia y la amistad.



La Sagrada Escritura llama a la amistad "el remedio de la vida," **Medicamentum vitae**, pintándonos en David y en Jonatás el cuadro más lleno de ternura y atractivo. "El alma de Jonatás se unió estrechamente con el de David, y

amóla Jonatás como a su propia vida." Mas ¡ay! cuán rara es entre los hombres esta santa y deliciosa amistad! ¡Cuánto interés propio, cuánto egoísmo, cuantos caprichos y pasiones se ocultan bajo este nombre!

Si Dios en su bondad infinita ha puesto en nuestro camino un amigo, un verdadero amigo profundamente afectuoso y tierno, sincero y fiel, ¡oh! ¡benedicidle y tenedle en gran precio! Abrid vuestro corazón que sufre a vuestro amigo, y esto sólo bastará para mitigar el dolor de vuestra alma.

¿Acaso quitaron de las espaldas de Cristo el madero de la cruz ni el amor de María ni la amistad de la Verónica?....No; encima de El estaba clavándose en su hombro, mas por lo menos lograron verter algunas gotas de dulzura en el amargado Corazón del Maestro.

Esto os sucederá con vuestros amigos: ante las manifestaciones de su amistad no se desvanecerá por completo vuestro dolor, que llevaréis siempre punzándoos en el fondo del alma, pero se amortiguará algún tanto. Serán sus cariñosas palabras como los bálsamos que no cierran la herida, pero que disminuyen lo agudo del dolor. Gustad, pues de la dulzura de la amistad, puesto que Dios a ello os convida con su ejemplo.

Mas ¡ay! ¿qué es lo que he dicho yo al empezar estas páginas? ¿Acaso nuestros amigos no nos dejan, no nos abandonan?....¿Acaso la ausencia no nos los quita de los

ojos y nos los arranca del corazón? ¿Acaso no mueren nuestros amigos? ¡Ah! ¡qué dolor el del abandono!....¡qué tristeza la de las despedidas!....¡qué desconsolador y desgarrador vacío el de la muerte!

¿No es este, por ventura, uno de los mas crueles suplicios del pobre corazón humano? Oid a David llorando la muerte de Jonatás: "Montes de Gelboe, ni el rocío ni la lluvia caigan ya jamás sobre vosotros....Mas ¿cómo es que así hayan los valientes perecido en el combate? ¿Como es, ¡oh montes de Gelboe! que Jonatás haya sido muerto en vuestras alturas? ¡Oh hermano mío Jonatás, gallardo sobremanera y digno de ser amado más que la amable doncella, yo lloro por ti! Del modo que una madre ama a un hijo único que tiene, así te amaba yo.

"¿Cómo han caído esos valientes y se han perdido las armas con que peleaban!"

¡Ay! ¿quiéñ no sabe cómo han podido morir los amados de nuestro corazón? ¿Quién no lleva luto en el alma por algunos de esos muertos?

¿Nos quedaremos, pues, solos si todas las amistades nos llegan a faltar sin poner lenitivo en nuestras penas?

¡No! Nos queda un amigo, que no muere, que de día y de noche nos espera, nos llama y está pronto a entregarnos con su amistad todos los tesoros de su amor.

Jesucristo.

El mismo se ha dado ese nom-

bre al dárnoslo a nosotros. **Non iam dicam vos servos sed amicos.** “Yo no os llamaré siervos, sino amigos.”

He ahí al amigo inmortal de nuestra alma. Antes de cargar con esa cruz que va a llevar hasta el Calvario, había dado a comer su cuerpo y a beber su sangre a sus Apóstoles, queriendo, por decirlo así, fundirse con ellos, no formar más que una cosa con ellos. “El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él,” les había dicho.

Leed, leed una y muchas veces la escena de la despedida de Jesús a los que llama sus amigos y por los que iba a padecer. ¡Su Corazón divino parece que se desborda de ternura y de amor!

¿Por qué, pues, no vamos a este Amigo divino?

¿Por qué nos olvidamos de El cuando sufrimos?

¿Por qué le dejamos solo en el sagrario de los templos?

¡La amistad de Cristo!

¡Cuántos cristianos hay que no entienden nada de lo que esta pa-

labra encierra, y pierden por culpa de su ignorancia todos los consuelos y las santas alegrías de esta amistad divina!

Atollados y como hundidos en la carne y sangre, según decíamos más arriba, no piensan que hay nada en este mundo fuera de esta vida material.

¡Oh almas! cuando sufrís, id al pié del altar, delante del tabernáculo donde reposa Jesucristo, y allí de rodillas, entrelazadas las manos, sin buscar fórmula alguna, ni frases, sencillamente, como habla un amigo a otro amigo, decidle que sufrís, exponedle vuestras penas, vuestras desazones, vuestros deseos, y pedidle socorro y remedio. Después aplicad el oído al interior de vuestra alma....porque Jesucristo es quien la mueve, su gracia quien la solicita y la ama, es el amigo que la consuela y le responde. “No lo puede la lengua decir ni expresar por escrito: sólo el que lo ha experimentado puede creer y comprender lo que es amar a Jesús.”

—††—

